

gruta, y bajarse, y, siempre mirando la visión, como aceptando sus indicaciones, sacar tierra con los dedos y llenarse de agua la cavidad y beber ella de aquel manantial, primero fangoso, que poco después comenzó á convertirse en una fuente pequeña. Salida la muchacha del éxtasis, examinaron los curiosos el surtidor milagroso, y á medida que más agua extraían, vieron que salía más; al día siguiente, el chorro tenía el espesor de un dedo; á los pocos días corrió la vena inagotable que veís, que da casi cien litros por minuto.

Miró John aquel limpidísimo cristal que veía brotar gallardo y correr con vivaz ruido, cual si su murmullo reprochase su infidelidad; sintió conmovido su espíritu como en la presencia de un sér sobrenatural; demudóse su semblante, se puso pálido y se apoyó en la pared. El sacerdote, que le vió vacilar, lo sostuvo é hizo que se sentase; la madre roció su semblante con agua de la fuente.

LV.

APARICIONES Y REVELACIONES.

John no había perdido el uso de los sentidos, ni quedado propiamente desvanecido. Recobró pronto sus fuerzas, y temiendo que su momentánea debilidad se atribuyese á una impresión religiosa, simuló un atrevimiento que no tenía:

—Ha sido, exclamó, un calofrío.

Repuso su madre:—Confiesa que tienes necesidad de comer: ¿quieres que volvamos incontinenti á Lourdes?

—Por mí no, la tostada con leche que tomé antes de partir es bastante hasta el almuerzo: me parece que lo debemos ver todo.—Y volviéndose al sacerdote, añadió:

—Ahora bien: ¿cómo fué la visión famosa?

—Ni yo ni otros pueden vanagloriarse de haberla visto con sus ojos, á excepción de la favorecida por la Virgen; mas he aquí cómo ella me la contó con su boca. . .

—Ante todo, ¿quién era?

Una tosca hija de un molinero, llamada Bernardina Soubirous, ocupada en apacentar su rebaño de ovejas, una criatura débil y enfermiza.

—¿Había estudiado?

—Nada, nada: apenas comprendía su ciencia los principios del catecismo y alguna otra oración que aprendió de su madre. Aquí vino durante muchos días seguidos, porque llamábala la Virgen que se le apareció en la gruta la primera vez; caía de rodillas y rezaba el rosario, rodeada por una multitud de gente del pueblo, de médicos y de gendarmes.

—¡Oh! ¿Por qué los gendarmes?

—Porque lo sobrenatural amedrenta siempre á nuestros políticos; basta: no to-

quemos este punto. Aun esto sirvió para el propósito divino de alejar sospechas de superchería fraudulenta. La Bernardina, arrodillada y rezando el rosario, aguardaba la visita celestial; de pronto alzaba las manos, sus pupilas se fijaban en la Mujer misteriosa, que para ella se convertía en visible; su recogimiento parecía confinar con el éxtasis. ¡Hasta tal punto perdió el rostro su color natural, para rodearse de un rayo inefable de beatitud! Los circunstantes, con gran silencio, devorábanla con los ojos, mientras se inclinaba en actitud reverente, hacía la señal de la cruz, ó hablaba moviendo insensiblemente los labios: la veían unas veces sonreír dulcemente y otras entristecerse. ó bien mostrar distintos sentimientos, regando sus mejillas alguna que otra lágrima. Tan lejana encontrábase de las cosas terrenas entonces, que apenas advertía que le tomaba el médico el pulso: una vela, encendida entre sus dedos, ni la quemó, ni la hizo salir de aquel estado.

—¿Se sabe, preguntó el joven, de qué manera comenzaba la visión?

—Veía, respondió el sacerdote, aquel vano de allí enfrente inundarse de luz desconocida en el mundo, y asomar en medio la figura de una persona viva y real, con as-

pecto de una señora sobre toda ponderación bellísima, en cuyo semblante brillaban á un mismo tiempo la juventud y la madurez, la majestad y la gracia, el poder y la benignidad, de modos nuevos, que exceden las humanas fantasías y las frases de todas las lenguas.

—¿Cómo estaba vestida? dijo entonces Clara, que no movía los ojos al escuchar las palabras del misionero.

Queriendo éste contentar aquel deseo pueril, añadió:—Pues lo desea saber, señorita, la Virgen llevaba un vestido más blanco que la nieve y, en torno del cuello, con hermosas gorgueras una sencilla esclavina; rodeaba su cuerpo un cinturón azul celeste, atado por delante, que á uno y otro lado descendía. Llevaba los pies descalzos, pero los cubría una rosa de oro. Un manto ó velo, candidísimo también, envolvía su cabeza hasta la frente, cayendo sobre sus hombros y brazos. Mostraba envuelto en el puño y entre sus dedos virginales un rosario, cuyos granos resplandecían como perlas blancas, brillando su engarce y su cruz cual oro purísimo....

Si bien con respeto, añadió John, interrumpiéndole:—Me parece un poco humano todo esto: los del empíreo deberían

hacer algo mejor que adornarse con ropas teatrales.

—Perdonadme, señor; cuando los bienaventurados deben tratar con los hombres, como toman semblantes humanos, toman igualmente humanas vestiduras. Aun el Hijo de Dios, cuando hubo de tratar con los hombres, dejó los infinitos esplendores de la divinidad, tomando forma de hombre. Además, ¿acaso todas las apariciones referidas en la Biblia no nos representan á los personajes celestes con apariencias terrenas?

Conoció John que su mente quedaba satisfecha con tales palabras, y dijo pasando á otra dificultad:—¿Qué precisión, interés ó ansia podía conducir á la Virgen á entretenerse de un modo visible con una pastorcilla de Lourdes? Aquí veo un nudo de inverosimilitud que no se puede desatar.

—Son preguntas todas inútiles á lo menos, respondió el sacerdote: cuando un hecho es positivo, nada tan irracional como discurrir sobre su inverosimilitud. Dios, en sus operaciones, puede tener innumerables motivos, ocultos para nosotros; fuera de que aun los mortales podrían fácilmente indicar más de uno; aun cuando no lográ-

semos referir otra, queda siempre la razón general.

—¿Y es?

—El señor nos favorece con sus gracias por su bondad, por ser sumamente bueno y sumamente benéfico. Así por análoga razón, la Virgen puede venir ahora movida por aquel mismo sentimiento maternal que movióla en las bodas de Caná á pedir un milagro á su Hijo celeste. ¿Qué contestais?

Paréceme, reverendo señor, que teneis el don de representar la cosa por su lado más tolerable: sin embargo, perdonadme, no acabo de comprender que la benignidad de la Madre de Jesucristo (á la cual venero lo mismo que vos), se ejercite con digno fruto en la aparición de Lourdes. En Caná subvino á la necesidad de los amigos y dió lugar á la glorificación de Cristo. ¿A quién aprovecha este conversar suyo secreto con una tierna campesina? Os confieso que tales intervenciones celestes tienen para mí mucho de fantasías; son entusiasmos desarrreglados, á propósito precisamente para retraer de la piedad á las personas religiosas y serias.

Se sonrió el misionero, é invitando cortesmente á los forasteros á seguirle fuera de la gruta, para que visitasen varios sitios

de bella vista en torno del santuario, iba diciendo:—Vos, señor, experimentais una gran repugnancia en admitir el comercio del espíritu humano con los espíritus celestes. Debo convenir en que tal disposición interna no es propia sólo de los protestantes, porque tampoco es rara entre los católicos. Encontraríais centenares que al oír el nombre de revelaciones ó apariciones sobrehumanas fruncen las cejas, se disgustan é indignan, y hasta escandalízanse, como si oyeran un delito de hechicería, contrario al decoro de la verdadera Religión. . . .

—Precisamente; leéis lo que hay dentro de mí, dijo John.

—En esto, añadió la Needle, pienso enteramente como mi hijo.

—Pues bien, continuó el religioso; el tédio que da lo sobrenatural no es filosofía católica, ni cristiana, ni protestante: es un sentimiento de puro paganismo, y algo más. . . . permitidme que lo diga sin ofensa, algo más abyecto. Observad: este suponer interrumpida toda relación del Criador con la criatura, de las inteligencias superiores con las inferiores, es un privilegio exclusivo de los filósofos de la materia, los cuales sólo tienen ojos para ver el pan, el vi-

no, la carne, los fardos de algodón, los caminos de hierro y el torbellino de las vicisitudes entre las cuales nace, vegeta y muere el bípede humano. Estos no elevan sus especulaciones más que un borrico atento á su establo ó un cerdo que hurga en el dornajo. Por el contrario, los sabios, sin excluir los infieles, no bien remontaron un poco el pensamiento con sus alas, dirigieron al reino de los espíritus. Así lo hicieron Sócrates, Platón Pitágoras, Aristóteles, Cicerón, Séneca, Plutarco y cuantas escuelas brillaron por su nobleza en la civilización griega y romana. No afirmaron sólo la existencia de los espíritus, sino que vieron resplandecer los elementos espirituales en los seres racionales, y procuraron con su entendimiento conocer las varias naturalezas de los espíritus no humanos, sus interposiciones y sus pláticas con los hombres....

—¡Mas, cuánto desvariaban! dijo John interrumpiéndole.

—Aun cuando se extraviasen al juzgar las apariciones y revelaciones supernas, siempre resulta verdadero que los nombres de aparición y revelación no lastiman aquellas inteligencias de primer orden, pareciéndoles, por el contrario, lógicas y na-

turales. Si los filósofos paganos las creyeron lógicas y naturales, ¿por qué han de parecer absurdas y ridículas á los pensadores protestantes ó cristianos? Hagamos alta mención de la Biblia; ¿por ventura la Biblia no hace ver la dignación de la Divinidad que á sus justos se revela, como también las apariciones de los difuntos y de los ángeles, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento? ¿Ha de hallarse la Iglesia de Cristo desheredada de los favores concedidos á la judáica? ¿Debían cesar en la Iglesia cristiana, no bien se cerrase la era de los apóstoles? No, ¡vive Dios! la historia eclesiástica nos cuenta innumerables visiones celestes, provistas de tales y tantos signos de verdad resplandeciente, que vale tanto como prescindir del buen sentido rechazarlas todas de golpe. La aparición de María en Lourdes es una de las muchas, como también una de las más examinadas y comprobadas. Convenid conmigo, señor, en que la manía de burlarse, como si fueran fraudulentas y talaces, de todas las comunicaciones sobrehumanas del cielo con la tierra, equivale á renegar de la historia, de la Biblia y del buen sentido.

—Sin embargo, añadió John, he oído